

Queda el Rey meditabundo, siguen los demás sus huellas, y piensa: — En creer me fundo que si hay en él cosas bellas, no hay tipo bello en el mundo.

Pausa. A tan locos extremos calla el concurso. Y después dice un sabio: — Según vemos, la belleza no es lo que es, sino que es lo que queremos.

Fijada así la cuestión, pregunta otro sabio. — ¿Qué es la belleza, en conclusión, si lo feo en un lapón es lo bello de un inglés?

Nadie á esto respuesta da. El gran Rey calla y suspira, y dice: — Acabemos ya; la belleza sólo está en los ojos de quien mira.

III.—GLORIA

Nueva expectación. Después prosigue el Rey: — Discutamos si nuestra *Gloria* sólo es el Gólgota, en que dejamos los primeros treinta y tres.

— De Bruto es la indignación.
— Es de César la grandeza.
— La vanidad en acción.
— Toda la humana simpleza, fundida en una ilusión.

— Placer de lo extraordinario.
— Humo que despide luz.
— Luz que despide un osario.
— Dicha de llevar la cruz á la cumbre de un calvario.

— ¡Gloria! grandeza pequeña.
— Dolor que canta una trompa.
— Verdad de todo el que sueña.
— Bazar en que el hombre enseña de su miseria la pompa.

— Espacio que un aire llena.
— Abrir tumbas con la espada.
— Morir viviendo en escena.
— Es un néctar que envenena.
— Es darlo todo por nada.

No viendo sino locura en duda tan espantosa, con la más honda amargura,
— ¡La gloria! — el gran Rey murmura, — ¡poca cosa, poca cosa!

IV.—JUSTICIA

— ¿Qué es justicia, y dónde se halla? — dice el Rey. A nombre tal, se alzan grandes y canalla, gritando unos: — ¡La metralla! diciendo otros: — ¡El puñal!

— La justicia es el humor.
— Lo justo es la autoridad.
Los grandes: — Es la bondad.
Los reyes: — Es el rigor.
El pueblo: — Es la libertad.

— Es — dicen los escogidos — que al bueno el que es malo tema. — y exclaman los oprimidos:
— La justicia es este lema:
¡DESDICHADOS LOS VENCIDOS!

A tan discorde rumor dice alto el Rey: — ¡Basta ya! y en voz baja: — Pues, señor, todo espectáculo está dentro del espectador.

V.—VIRTUD

Sigue el Rey con emoción, pero con noble actitud:
— ¿La virtud es ilusión?
¿Es prueba una buena acción de que hay tipo de *virtud*?

Y un sabio: — Hay virtud cumplida, — responde — si hay quien se atreva á obrar siempre como deba; mas ¿puede haber en la vida juicio que esté á toda prueba?

De este sabio á la opinión se adhiere otro sabio más:
— ¿Qué es virtud, en conclusión, si hay puntos donde jamás resiste nuestra razón?

— La virtud — dice un pagano — es el placer que va unido al bello ideal humano.
— La virtud — dice un cristiano — es el deseo vencido.

Y exclama la juventud:
— La virtud no es la fortuna.
A lo cual la multitud dice: — Mas, sin duda alguna, la fortuna es la virtud.

Y un hombre que irracional toma por ciencia el desdén, dice: — Regla general: dudad cuando os hablen bien; creed cuando os hablen mal.

— Es tristeza. — Es el contento.
— Es sufrir. — Es la salud.
Y un epicúreo opulento prorrumpo: — ¡Virtud! ¡virtud! cuestión de temperamento.

A este axioma el Rey. — No hay tal, — á replicar se apresura;
— la virtud es inmortal;
si el mundo es un cenagal, buscadla siempre en la altura.

VI.—RELIGIÓN

Una tras otra ilusión mirando desvanecidas,
— Veamos la *Religión*, — dijo el gran Rey, ya caídas las alas del corazón.

Uno: — Es fe. Y otro: — Es conciencia.
— Es lo eterno. — Es el no ser.
— Es fuerza. — Es benevolencia.
— Es de Confucio la ciencia.
— Es de Mahoma el placer.

— ¡Silencio! — el gran Rey profiere, la religión viendo hollada; — creer sólo en lo que agrada, es todo lo que se quiere, y lo que es todo no es nada.

¡Inútilmente traidora, dardos la impiedad te lanza, *Religión*, que el mundo adora, fuente de nuestra esperanza, de esta virtud que no llora!

¡Nunca el alma racional podrá creer que eres un sueño, bálsamo de todo mal, luz á través de la cual todo en el mundo es pequeño!

VII

Calló, y á una cortesía que hizo al pueblo el Rey de pie, todo el concurso aquel día, creyendo lo que creía, por donde vino se fué.

LIII

TODO ES UNO Y LO MISMO

(Axioma de Schelling.)

A mi amigo el Marqués de Molins

PRIMERA PARTE

A lo ideal por lo real

I

Juan amaba tanto á Luisa, como á Luis quería Juana; y aunque me exponga á la risa de la multitud liviana, diré que su simpatía rayaba en tales extremos, cual la que tener podemos, tú á tu esposa, y yo á la mía.

Sí, Marqués, no os cause espanto el que ponga frente á frente su encanto con nuestro encanto; pues podéis creer firmemente que, aunque no se amasen tanto, se amaban inmensamente.

II

Mas la muerte, esa tirana que siempre el mal improvisa, llevándose á Juan y á Juana, solos dejó á Luis y á Luisa.

III

Llorando la mala suerte
de los dos que se murieron,
los vivos casi estuvieron
á las puertas de la muerte.
¡Siempre á nuestra vida humana
es otra vida precisa!
Así Luis quedó sin Juana,
como al perder á Juan Luisa,
sin que nadie amenguar pueda
las lágrimas ¡ay! que llora,
como se queda el que queda,
cuando al que se va se adora.

IV

Desde entonces, poco á poco,
tan loca ella como él loco,
por cuantos sitios frecuentan,
marchan con pasos inciertos,
¡tan tristes! ¡tan pensativos!...
que parece que alimentan
las almas de los dos muertos
los cuerpos de los dos vivos.
Y al verles tan sólo atentos
á su ventura ilusoria,
sombras de dos pensamientos
que alumbran desde la gloria,
llama la gente liviana,
sirviendo al vulgo de risa,
— La loca por Juan — á Luisa,
y á Luis — el loco por Juana.

V

¡Luisa feliz, que en un duelo
toda su delicia encierra,
cual ángel que por la tierra
cruza de paso hacia el cielo!
Sueña, sueña, ángel hermoso,
en tu dicha malograda;
porque la dicha soñada
¡es un sueño tan dichoso!...
¡Dichoso Luis! Sus tormentos,
en su ensueño delicioso,
trueca en bellas ilusiones;
lo que es horrible, en hermoso;
la realidad, en visiones;
días de angustia, en momentos...
¡Una y mil veces dichoso
aquel que sus sensaciones
transfigura en pensamientos!

SEGUNDA PARTE

Á lo real por lo ideal

I

Rogar con cierto misterio
en un cierto cementerio
una sombra se divisa;
es que por Juan reza Luisa.
Otra sombra que hay cercana,
es Luis que ruega por Juana.
Se lamentan los dos vivos
por sus muertos respectivos
con corazón tan ardiente,
que al mirarse frente á frente,
dicen la una y el uno:
— ¡Qué importuna! — ¡Qué importuno!
Y Luis huyendo de Luisa,
y Luisa de Luis huyendo,
se marchan casi corriendo,
y corren, casi de prisa.

II

En el mismo cementerio,
y con el mismo misterio,
se hallan los dos otro día,
y mientras Luisa exclamaba:
— Cuando mi amante vivía,
le hallaba donde le hallaba,
y hoy, que en la tumba me espera
su sombra está donde quiera; —
lanzando quejas amantes,
dice Luis del mismo modo:
— Si todo estaba en tí antes,
ahora tú estás en todo. —
Y esta vez menos esquivos,
ó de agradarse más ciertos,
después de orar por los muertos,
se hablaron algo los vivos.

III

Desde entonces los amantes
dijeron, siempre con fuego,
una larga oración antes,
y un corto diálogo luego;
mas consignar bien importa
que, después de algunos días,
se fueron haciendo cargo
que la oración ya era corta,
y el diálogo era ya largo.

IV

Saliendo del cementerio,
mas ya sin ningún misterio,

se miraron otro día,
diciendo, ¡quién lo creería!
— ¡Es buen mozo! — ¡Pues es bella!
— ¡Pero aquél! — ¡Ay! ¡Pero aquella!...
Y ella de amor suspirando,
y Luis aun de amores loco,
ya no corren, van marchando
pero marchan poco á poco.

V

Así el buen mozo y la bella,
al promediar la semana,
¡oh fidelidad humana!
— ¡Se parece á Juan! — dice ella;
y él dice: — ¡Parece Juana! —
(¡Pobres Juana y Juan!) Dicho esto,
uno con otro se junta,
haciéndolo él, por supuesto,
en honor de la difunta;
y ella admitiéndole al lado,
con temor aun no fingido,
pues si el vivo era ya amado,
aun el muerto era querido.

VI

Mas era tal la insistencia
de su enamorada mente
en dar á su amor presente
de su muerto amor la esencia,

que su alma, siempre indecisa,
piensa que mira realmente
en Luis, de Juan la presencia;
la sombra de Juana, en Luisa;
y es que nuestro sentimiento,
por arte de encantamiento,
haciendo cuerpo la idea,
y lo ya muerto existente,
transfigura eternamente
lo que ama en lo que desea.

VII

En conclusión; cuando se aman
con un amor verdadero,
así mutuamente exclaman:
— ¡Como á él y por él te quiero!
— ¡Te amo como á ella y por ella!
Y así el buen mozo y la bella,
fingiendo vivo lo muerto,
y haciendo falso lo cierto,
que eran los muertos creían,
creyendo lo que querían;
y desde entonces, el duelo
trocando todos en risa,
Luisa á Luis, y Luis á Luisa,
después de aquella semana
se prestan mutuo consuelo;
creyendo que Juan y Juana
harán lo mismo en el cielo.



LIV

AMOR Y GLORIA

¡Sobre arena y sobre viento
lo ha fundado el cielo todo!
Lo mismo el mundo del lodo,
que el mundo del sentimiento.
De amor y gloria el cimientó

sólo aire y arena son.
¡Torres con que la ilusión
mundo y corazones llena,
las del mundo sois arena,
y aire las del corazón!

LV

NUNCA OLVIDA QUIEN BIEN AMA

Ya que este mundo abandono,
antes de dar cuenta á Dios,
aquí para entre los dos,
mi confesión te diré:

— Con toda el alma perdono
hasta á los que siempre he odiado,
¡A tí, que tanto te he amado,
nunca te perdonaré!

LVI

MÚSICAS QUE PASAN

Todas las cosas pasan, y tú con ellas.

(KEMPIS, lib. XI, cap. I.)

A MI QUERIDO AMIGO DON FACUNDO-GOÑI

I

¡Música! — ¡Qué aliento dan,
y qué esperanzas sin fin,
el *re-tin-tín* del clarín,
del tambor el *ra-ta-plán!*

¡Ya aproximándose van!
¡Tambor y clarín resuenen!
¡Cuál la esperanza entretienen!
¡Cómo el corazón abrasan!
Estas músicas que pasan,
¡qué alegres son cuando vienen!

II

¡Música! — ¡Conforme avanza
ya el tambor ó ya el clarín,
causa aliento el *re-tin-tín*,
da el *ra-ta-plán* esperanza!

Se aleja... y ya en lontananza,
más bien que gozoso afán,
tristeza sus ecos dan!
¡No hay bien seguro en el mundo!
¡Qué lúgubres son, Facundo,
las músicas que se van!

III

¡Ay! ¡Ni al principio ni al fin,
nos dan á algunos ardor
el *ra-ta-plán* del tambor,
del clarín el *re-tin-tín!*
¡Tu esplín, Facundo, y mi esplín...
para músicas están!
¡Poco nuestro antiguo afán
las músicas entretienen,
ni cuando alegres se vienen,
ni cuando tristes se van!

LVII

EL SEXTO SENTIDO

I

Viendo en el mundo el Señor
desórden por donde quiera,
quiso darle un director
y dijo de esta manera:

— Cinco sentidos dí al hombre,
y no me entiende jamás.
Daré á un ser que al mundo asombre
un sexto sentido más.

Quiero hacer al mundo don
de un hombre de alma gigante,
grande cual la religión,
como la gloria brillante.

Fe y saber broten sus labios
cual brota el yerano flores,
más docto que los más sabios,
más bueno que los mejores.

De la humana criatura
cese el eclipse moral.
¡Salve á mi mejor hechura! —
Dijo, y nació Blas Pascal.

II

Al ver pasar su existencia,
ya meditando, ya orando,
con mucha fe y más paciencia,
dice un hombre meditando:

— ¡Oh Dios! Cuanto más comprendo,
menos soy yo comprendido;
¡qué cilicio es tan horrendo,
el don de un sexto sentido!

Si bestia al hombre llamé,
los ángeles murmuraron;
cuando ángel le apellidé,
las bestias me calumniaron.

Mi talento y su talento
no están de acuerdo jamás;
ó quitame el pensamiento,
ó dáselo á los demás.

Hallo sus deseos locos,
sus pensamientos informes,
sus remordimientos pocos,
sus sensaciones deformes.

Con lo porvenir sostiene
de lo presente el afán.
¡Porvenir! ¡sombras que vienen!
¡Presente! ¡sombras que van!

Da fe el hombre á su provecho,
y cree sólo en su interés;
y el que ve el mundo al derecho,
dice que lo ve al revés.

¡Señor! ya á tan hondo anhelo
mi corazón se rindió
enfermo de mal del cielo. —
Dijo Pascal, y enfermó.

III

Entre oración y oración,
entre llorar y gemir,
á un hombre un santo varón
le ayuda así á bien morir:

— ¡Cuántos afanes perdidos
en crear tan noble hechura!
Para los cinco sentidos,
el tener seis es locura.

De gozar, el mundo ahito,
fijo sólo en lo presente,
ni sospecha lo infinito,
ni la eternidad presente.

¡Qué condición tan menguada!
Mezcla el hombre de alma y lodo,
para lo infinito es nada,
si para la nada es todo.

De orgullo y de envidia llenos,
cual siempre, dejan atrás,
los muchos que saben menos,
al uno que sabe más.

Para el mundo, que sin fe
presume mucho y ve poco,
es necio el que menos ve,
y el que ve más es un loco.

¡Pascal! pues con santo anhelo
te mata del cielo el mal,
vuélvete á tu patria el cielo! —
Dijo, y murió Blas Pascal.